

En la Scala se graba "El Trovador" y "La Traviata". Un teatro barroco, para las grandes noches y las ovaciones inacabables, aparece poblado de penumbras y de cantantes inmóviles.



## UN BOSQUE DE MIC EN EL TEMPLO DE



Parece una reunión de empleados y amas de casa. Pero, ¿de qué se trata? Pues nada menos que del coro de la Scala, que está interpretando un fragmento de "La Traviata".

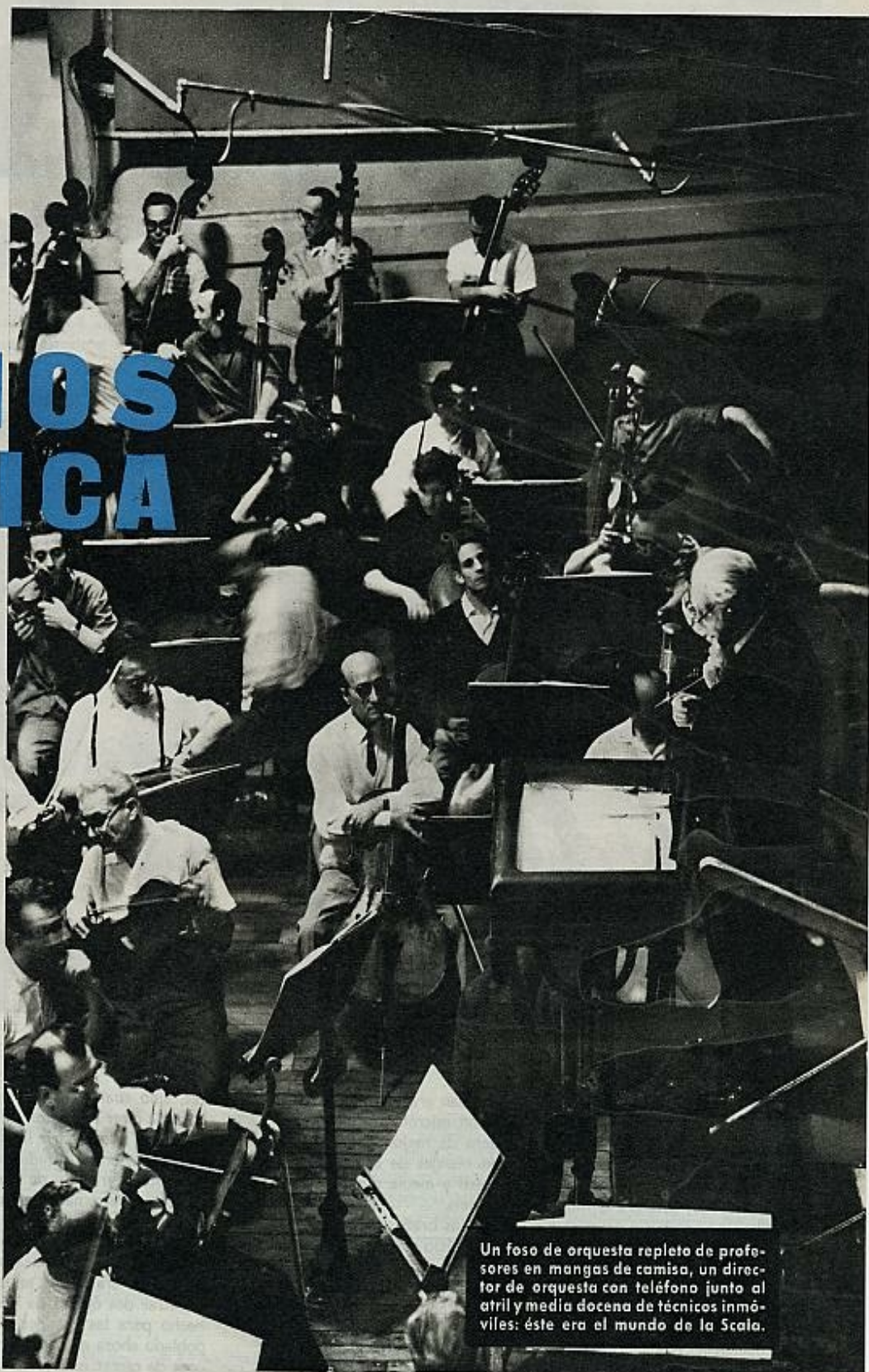
**E**n la Scala no había función. La orquesta, el coro y un grupo de primerísimos cantantes estaba allí desde hacía horas. Pero las puertas del gran teatro milanés —a dos pasos de la Plaza del Duomo y de sus maravillosas calles de acceso— se habían cerrado. Tuve que exhibir toda mi documentación profesional para que me franquearan la entrada. Me colocaron en una butaca y me exigieron un silencio y hasta una inmovilidad absolutos.

Sobre el escenario, Antonietta Stella cantaba un fragmento de «La Traviata». Incomprensiblemente, tenía las manos atadas al atril. Tras ella, un barroco decorado de columnas y estatuas ponía un gracioso remate anacrónico...

Podría seguir durante mucho rato cultivando el «suspense». Porque, a menos de saber la razón de todo aquello, lo que uno veía en la Scala habría resultado totalmente descabellado. **SIGUE**

# ROFONOS LA LIRICA

LA SCALA  
DE MILAN  
SE CONVIERTE  
EN ESTUDIO  
DE GRABACION  
PARA  
REGISTRAR  
EN DISCOS  
"LA TRAVIATA"  
Y  
"EL TROVADOR"



Un foso de orquesta repleto de profesores en mangas de camisa, un director de orquesta con teléfono junto al atril y media docena de técnicos inmóviles: éste era el mundo de la Scala.



Terminada la grabación, Antonietta Stella escucha el registro de su propia voz, siguiendo cada nota en la partitura. En los pasajes difíciles, mueve las manos y acompaña el canto. Es la primera libertad concedida tras las largas horas de grabación, durante las cuales tenía las manos atadas.



Lo que ocurría, sencillamente, es que estaban grabando íntegramente «El Trovador» y «La Traviata». Jirafas con micrófonos, alto practicable para situar a la cantante en el punto de mejor sonoridad, un foso de orquesta repleto de profesores en mangas de camisa, un director de orquesta con teléfono junto al atril y media docena de técnicos inmóviles; éste era el mundo de la Scala.

Hubo una pausa. Lo primero fue desatar los brazos de la cantante. Luego, escuchar la grabación, para emitir un juicio sobre su validez. La pobre Antonietta Stella, con la partitura delante, pudo esta vez mover los brazos, sentirse libre de la curiosa tortura que acababa de sufrir.

A Antonietta Stella sucedieron otros cantantes famosos: Ettore Bastianini, Fiorenza Cossotto, Gina Raimondi y Renata Scottò. Los técnicos vigilaban: la ejecución se hacía con absoluta inmovilidad, porque los micrófonos estereofónicos captaban no sólo los más ligeros rumo-

res, sino cualquier mínima aproximación o alejamiento del cantante. Bastaba girar la cabeza para falsear la grabación, pero, al mismo tiempo, había que recoger la vivacidad y las salidas de las escenas de movimiento. Para el brindis de «La Traviata» se debía crear la atmósfera de fiesta, con el fin de que el futuro oyente percibiese el «clima» del banquete. Pero, nada de moverse. Las escenas más agitadas de la ópera eran interpretadas por un conjunto de estatuas.

Se iban a grabar «El Trovador» y «La Traviata». Cinco horas de música, que exigían un trabajo de setenta y dos. Una casa musical de Hamburgo era la que se arriesgaba en la costosa y delicada aventura: registrar dos óperas de Verdi cantadas en la Scala. Un teatro barroco, hecho para las grandes noches de gala y las ovaciones inacabables, poblado ahora de penumbras y de cantantes inmóviles. Todo era cosa de cerrar los ojos... **FIN**